

WALTER LEZCANO

Parar  
la olla

Página 2

JUAN PABLO BERTAZZA

Escribir  
los márgenes

Página 3



OSVALDO QUIROGA

¿El dinero  
construye  
el talento?

Página 4

  
**télam**  
AGENCIA NACIONAL  
DE NOTICIAS

# SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 254 | JUEVES 13 DE OCTUBRE DE 2016

# El corazón y el bolsillo

La relación entre el dinero y los escritores suele ser conflictiva. Muchas veces se supone que la literatura está vinculada al ocio y desvinculada de lo económico. Y es una suposición, por supuesto, equivocada.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

El Museo Nacional de Bellas Artes rinde homenaje al gran artista Gyula Kosice, a cuatro meses de su muerte, con una exposición que reúne piezas destacadas de diferentes períodos de su producción, e inaugura en paralelo una muestra individual de Norberto Gómez, una invitación a releer medio siglo de trayectoria a través de 35 esculturas recientes. "Gyula Kosice (1924-2016). Muestra

Homenaje" se titula la exhibición, con curaduría de Rodrigo Alonso y obras provenientes del Museo Kosice, museos públicos y colecciones particulares. Ambas muestras podrán visitarse hasta el 23 de diciembre, en el museo de Avenida del Libertador 1473 (Caba), de martes a viernes de 11 a 20; y los sábados y domingos de 10 a 20 (lunes cerrado), con entrada libre y gratuita.



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 13 DE OCTUBRE DE 2016



→ WALTER LEZCANO

¿Se puede vivir de la literatura o se necesita de un "sponsor"? Una pregunta sobre cómo sobreviven los escritores que parece encontrar respuesta.

En la extinta y excelente revista virtual *El Interpreador*, dirigida por el escritor Juan Diego Incardona, hubo un número, el 34, dedicado al trabajo. Allí se hizo una encuesta a determinados escritores (Ariel Bermán, Daniel Link, Félix Bruzzone, entre otros) para saber si vivían o no de la escritura de sus obras. Las respuestas fueron algo previsibles: se vive gracias a la literatura, pero en términos reales y concretos eso no paga las cuentas, el alquiler, los alimentos, entonces hay que salir a buscar la moneda por otros lados. En el número 6 de la revista *La Balandra*, dirigida por la escritora Alejandra Laurencin, se volvió sobre la misma pregunta: ¿De qué vive un escritor? Roni Bandini, uno de los consultados, dijo algo interesante: "Los escritores que conozco tienen sponsors. En el mejor de los casos el sponsor es una ocupación tangencial como el periodismo, la traducción o el dictado de talleres. En el peor de los casos, el sponsor es la madre o la abuela del escritor." Si históricamente la figura preponderante que hacía posible la producción literaria era la del mecenas, en estos tiempos de capitalismo salvaje y extremo el sponsor es primordial. ¿Cómo podría la familia?

Es comprensible este interés recurrente por los modos de vida que sostienen las economías de los escritores porque ellos, desde siempre, tuvieron formas misteriosas de conseguir y obtener su dinero cuando no ganan becas ni



subsidios ni premios como es el caso de la mayoría. O por lo menos los escritores no realizan los recorridos habituales de incorporación al mercado laboral y monetario. Claro, ellos trabajan con la imaginación, lo abstracto y lo intangible. Resulta paradójico considerar que eso genere la posibilidad de adquirir los mismos billetes que están al alcance de, por ejemplo, un albañil o una enfermera. En ese sentido, vale la pena revisar algunos casos donde se percibe la relación conflictiva que tienen los que escriben, y los que leen, con respecto al dinero, ya sea mucho o poco.

El último libro que publicó Alan Pauls se llama *Historia del dinero* (Anagrama, 2013) y forma parte de una trilogía que completa con *Historia del llanto* e *Historia del pelo*. En *Historia del dinero* lo que hay es un relato donde se

muestra lo social a partir de una narración íntima. Pauls habló de esta obra como "pornográfica" y es cierto en algún sentido ya que todo el tiempo se habla y se pone el foco en las transacciones monetarias como si fueran primeros planos de uno de los mayores tabúes que todavía persisten en la actualidad: cuánto ganas, de dónde viene el dinero que te paga las necesidades, qué hacés con la plata, cuánto vale tu tiempo, cuál es tu precio? Y, por otra parte, son cuestionamientos incómodos que no se hacen de manera pública a ninguna persona. Es que el dinero tiene todavía un valor privado y es ahí donde trata de indagar Alan Pauls con una ficción que expande superficies sobre la economía actual y que trata de hacernos parecer la ambición de todo el planeta: la acumulación.

En otro terreno, el de la autobiografía, este año se publicaron dos diarios fabulosos de sendos escritores que ya han dejado su huella en el campo literario actual: Fa-

bián Casas y Ricardo Piglia. ¿Por qué hablar de estos textos cuando el dinero es la materia prima de este escrito? Por un lado, nos muestran etapas formativas de un tipo de sensibilidad particular que luego dedicará su vida a poner en la página palabras de largo alcance: poemas, cuentos, novelas, ensayos, conversaciones. Y en otro aspecto, son diarios que dan cuenta de una lucha: la de subsistir y lograr no ser derrotado por los contextos históricos que no alientan la producción artística.

En *Diarios de la edad del pavo* (Eloisa Cartonera), Fabián Casas cuenta cuatro años de etapa adulta (1992-1996) donde los trabajos, o la falta de ellos, se acumulan mientras intenta leer, estudiar y escribir sus primeras novelas y cuentos. Esta realidad va creando un determinado contexto de producción. En un momento, Casas

anota: "entregué la corrección, pero todavía no me dieron el dinero." Este tipo de situaciones se repiten a lo largo del libro, lo que construye una recurrencia que termina siendo la mayor preocupación de cualquiera, sea artista o no. Pero lo que sucede con los escritores es que estas bajas en sus economías muchas veces configuran el pathos de sus obras. Por ejemplo, *El salmón*, contó Casas, tiene poemas cortos porque estaba en una casa tan fría que sólo podía escribir por períodos muy cortos durante del día.

En *Los años felices* (Anagrama), Ricardo Piglia arma varias series de temáticas sobre las que vive constantemente en el collage de su existencia. Una de las más importantes es su relación con el dinero y cómo ganarse la vida. El hecho de anular se vuelve una saga al cuello y el tiempo para escribir se convierte en el bien más preciado luego de pasar gran parte del día buscando trabajos provisionarios que lo sostengan.

Este año, además, aparecieron dos muy buenas antologías que pueden leerse como complementos perfectos para revisar de qué forma se logra, en la actualidad, escribir desde la clase social y donde el dinero se vuelve la puerta de acceso a un muro infranqueable a un territorio desconocido, tal vez deseado. *Nuevos hits. Historias de jóvenes privilegiados* (Edhasa), compilado por Martín Kunkin, y *Once furios, literatura del conurbano sur* (Subsur), seleccionado por Safia Ferrer, encarnan las historias que jóvenes cuyos marcos de realidad y acción son opuestos, sin embargo, ninguno de ellos escapa a la dificultad de crecer en este mundo despiadado y en el que tendrán que encontrar su lugar y edificar su futuro. Es ahí, donde aparecen las diferencias en las condiciones de realización de sus respectivos proyectos. El dinero surgió en ese relato. ¿Cómo ha sido como telón de fondo inevitable pero que termina siendo, en el devenir, la causa y consecuencia de las decisiones que a veces se tomen sobre cómo continuar la vida. En definitiva, la lucha (por la subsistencia) continúa.



Se dieron a conocer los cinco seleccionados para competir por el Premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez, considerado el más importante de habla hispana en su rubro. Dos argentinos son parte del grupo: Tomás Downey, con su obra *Acá el tiempo es otra cosa*; y Samanta Schweblin, con *Siete casas vacías*. Los otros finalistas son el español Gonzalo Calcedo, con su libro de cuentos *Las*

*Inglésas*, el guatemalteco Eduardo Halfon, con su obra *Signor Hoffman*; Luis Noniega, de Colombia, por *Razones para desconfiar de sus vecinos*. El listado de postulantes fue encabezado por la Argentina con 26 obras. El jurado también contó con la participación de dos argentinos: el escritor y actual Director de la Biblioteca Nacional de Argentina, Alberto Manguel, y la escritora Hebe Uhart.

# Escribir los márgenes



→ JUAN PABLO BERTAZZA

La vida en las villas, en los barrios marginales, los políticos corruptos y la venta de droga ocupan un lugar importante en la literatura de los últimos años. Una reflexión sobre esta producción acerca de la periferia.



VILLA 31, CIUDAD DE BUENOS AIRES. ES HORA DE QUE LOS AUTORES CRUCEN LA FRONTERA SOCIAL Y ESCRIBAN TAMBIÉN SOBRE EL MUNDO DE LOS CEOS.

Año tras año, generación tras generación, hay una pregunta que resuena en televisores, diarios, suplementos, talleres, aulas y reducidos de todo tipo y tamaño con una potencia que tiene algo de mantra: ¿hay hoy un nuevo Borges?

El interrogante —a veces malintencionado y casi siempre ambiguo, que enciende réplicas en muchas otras disciplinas— aun cuando pueda sonar legítimo tiene algo siniestro o, mejor dicho, ilógico: ¿por qué debería repetirse lo que, por naturaleza, es excepcional? Y, peor aún, ¿con qué derecho pretender bafarse dos veces en el mismo río?

Pero más allá de eso, podría llamar la atención que tras esa pregunta tan repetida no sobrevenga otra, acaso mucho más adecuada que nunca nadie osaría formular: ¿dónde está el Bloy Casares de hoy? Claro que la pertinencia de esa pregunta no tendría que perderse en la búsqueda de un nuevo escritor con la calidad literaria de ABC sino más bien con la curiosidad por saber quién podría detentar hoy su lugar. Es decir, se trata de una cuestión menos literaria que sociológica, que no pretende referir a la alcurmia de ese

supuesto autor sino más bien a la clase social que decide hacer aparecer en sus ficciones.

Dejando de lado algunas excepciones como *Las villas de los jóvenes* de Claudia Piñeiro, en los últimos años, en la literatura argentina, viene sucediendo un fenómeno silencioso y casi imperceptible que, al mismo tiempo, resulta evidente y encuentra un claro paralelismo en el ámbito de la música —es el caso del rock chabón— y hasta en el cine —con aquella estética inaugurada por la película *Pizza, birra, faaa...*. La gran mayoría de la producción narrativa argentina de los últimos años decidió indagar, casi de manera exhaustiva, con mejores y peores resultados, en universos marginales. Lámpenes, humildes o pobres —cada ideología elegirá la palabra que más le plazca— plasmados en villas, ranchos, plazas decadentes, calles urbanas tan vacías como tenas, colectivos de dudoso recorrido, drogas, mucha droguería, muchos chicos que, en algunos casos, por supuesto, ese tipo de elección parece correcta no solo a nivel estético sino también por algo que podría llamarse co-

nocimiento de causa: como alguna vez dijo Dolina todo escritor escribe su autobiografía en sus ficciones y, a la vez, jamás lo que escribe es del todo autobiográfico. Es decir, es cierto que muchas veces escribir acerca de lo que se conoce parece ser una excelente decisión para arribar a los mejores resultados literarios. Pero también es verdad que, más allá de los nombres más representativos entre aquellos que, en los últimos años, lograron hacerse un lugar en la literatura contando algo de lo que habían vivido —en muchos aspectos en carne viva—, casi todos los escritores argentinos —aún los que cuentan con cierta estabilidad y calma económica (algo que aun hoy suele ser una condición generalizada para dedicarse a la literatura)— parecen haber sido abducidos por la fascinación de la marginalidad, a riesgo de largarse a escribir sobre temas que no conocen y que, en muchos casos, no los concierne. En otros casos, como los que hemos casen en una especie de forzado artificio (la redundancia es deliberada) que los suele alejar de aquello que, con cierta ingenuidad, podría llamarse fuego sagrado y que, en términos más concretos, podríamos definir como

eso que tiene cada uno para decir.

En algún momento, es probable, esa preferencia temática por los marginalizados significó un avance a nivel político, pero eso no debería hacernos caer en la falacia de pensar que no hablar en las ficciones de las clases altas significa ejercer un progresismo político. Por el contrario, la ausencia de clases acomodadas como tema en la literatura argentina de los últimos años significó tal vez plegarse y obedecer a ese mandato invisible pero bien palpable que implica condenar y exhibir a los ladrones de gallina pero ni siquiera mencionar a los ladrones de guante blanco que son, en definitiva, quienes repercuten directamente en el empobrecimiento del país. Dicho en otras palabras, el hecho de que no haya, por ejemplo, empresarios adinerados ni grandes evasores ni advenedizos que laboraron fortunas a fuerza de especular con el dólar implica también que no se critique (aunque no se intente) nada que, de acuerdo, tampoco es el objetivo que importa) ese tipo de conductas. Por lo pronto, también parece haber una fuente de

historias que se estarían perdiendo en ese afán de tantos escritores argentinos de bajar varios escalones socioeconómicos a la hora de ponerse a escribir, lo cual genera una especie de estancamiento y a veces hartazgo en los temas de nuestra literatura.

En definitiva, no está nada mal, por supuesto, que se explore literariamente villas y asentamientos (aunque si se trata de un registro realista se espera por lo menos cierto grado de verosimilitud) pero tampoco estaría mal que empezaran a ingresar a nuestra literatura otras cuestiones como el llamado sinceramiento de capitales, las drogas legales de los Ceos que se ensucian con cada respiración o la furia elitista de quien no suporta que su nivel de vida pueda empezar a verse afectado por el relativo progreso de los demás.

Está claro que la literatura no debería meterse nunca con la moral, pero muchos de los escritores que desprecian esas temáticas por no adecuadas al progresismo político deberían entender que, después de todo, por más que no se la mencione en sus libros, no solo esa gente sigue existiendo, sino que, además, puede llegar a tomar decisiones que impacten en todo el país.

PENSAR  
CON LIBROS

Ésta no es una recomendación: es un llamado a los editores argentinos. Porque *La contradicción humana*, del escritor, ilustrador, diseñador, músico y director de animaciones portugués Alfonso Cruz, aún no está publicado en el país, pero como todos sus libros para niños es de los preferidos del público y la crítica en Portugal. *La contradicción*

humana es una obra integral que, además de contar un cuento, muestra una galería de adultos confusos: el profesor más sabio no entiende el idioma que se habla en casa, se siente solo la señorita más rodeada de gente y enjaulan pájaros los vecinos que dicen amarnos. Si, como poeizó Walt Whitman, todos tenemos derecho a

contradecirnos porque contenemos multitudes, aquí se revelan las paradojas de unos adultos fallibles, cosa que divierte a los chicos. El juego tipográfico y la ilustración a dos colores subrayan con justeza este universo de contrastes. Nicolás Barbosa López trajo la obra en español para Tragaluz Editores, de España.



## CONTRATAPA

➔ OSVALDO QUIRÓGA

# ¿El dinero construye el talento?

El pensamiento de occidente, su filosofía es causa de la esclavitud y el tiempo de ocio que los amos tenían para reflexionar sobre los orígenes de la naturaleza.

¿El escritor necesita del dinero para poder escribir?

**E**l dinero no determina la escritura. Al menos no lo hace de manera directa. Un estilo se construye a través de un enorme esfuerzo por encontrar una voz propia. Lo único que posibilita el dinero, y sobre todo la clase social a la que pertenece el escritor, es la posibilidad de tener tiempo libre para dedicarse a la literatura. De cualquier forma, cada caso individual merecerá una explicación. Ni Borges, ni Bioy Casares, ni Silvina y Victoria Ocampo trabajaron en algo que no fuera la literatura. Y lo producido, con variaciones, claro, es excelente y se inscribe entre lo mejor de la literatura argentina y, en el caso de Borges y Silvina Ocampo, del mundo. Es una opinión, discutible como cualquier otra. Ahora bien, leyendo los cuadernos de Ricardo Piglia, admirables cada uno de los dos publicados, vemos cómo en su juventud el dinero era un tema de preocupación permanente. Piglia tomaba distintos trabajos y hacía cuentas de cuánto tiempo podía vivir con ese dinero. Y dependencia de esos lapsos de bonanza para poder dedicarse de lleno a la literatura. Así lo hizo el escritor argentino libro de Daniel Guelber. *El absoluto*, le llevó siete años escribirlo, y mientras lo hacía, además de escribir otros textos, tenía que trabajar varias horas diarias para poder subsistir. Casi todos los escritores argentinos han pasado



CÉSAR AIRA. ESCRIBE SOBRE TODO LO QUE VE Y SIENDE. SU ESTILO NO SE AFIRMA EN LA CLASE A LA QUE PERTENECE.

por el periodismo. Y la mayoría de ellos lo hicieron por pura necesidad. Cuando David Viñas tuvo éxito en el teatro ganó bastante plata y eso le permitió escribir sus obras centrales, como *Literatura argentina y realidad política*. En la misma generación Manuel Puig buscaba afuera del país un reconocimiento que aquí tardó en encontrar. Pero ningún escritor fue mejor o peor por tener o no tener dinero en el bolsillo. José Saramago, cuando ni en sueños imaginaba un premio Nobel, trabajó como obrero y se abrió camino como pulso en el mundo de las letras. Los mejores textos de Mario Vargas Llosa, como *La ciudad y los perros*, *La casa verde* y *Conferencia en la catedral*, no forman parte de su ingenio actual de escritor millonario paseando por el mundo. Parafraseando el más célebre de los lugares comunes que el dinero no hace a la literatura, no lo hace a la literatura. Ni Rodolfo Walsh ni Haroldo Conti tenían un peso en el bolsillo cuando

escribieron sus obras emblemáticas. Lo que tenían era una pasión por la escritura que se imponía por encima de las necesidades básicas. Hoy no puede pensarse la literatura argentina sin Roberto Arlt, hombre que vivía en pensiones, como Macedonio Fernández o Gombrowicz. El dinero puede comprar tiempo, pero jamás generar talento. Es cierto que el grupo de Boedo tenía una impronta más proletaria, pero en casi todos los casos era más ideológica que de clase. Algunos integrantes del grupo de Florida podían tomar buenos vinos, pero se trata de datos menores. Cualquiera que haya conocido el departamento de Borges de la calle Maipú sabe que no era un piso lujoso, ni nada que se le parezca. Los únicos que hacen ostentación del dinero son los medioeres. En los escritorios de fondo dominan los nombres de José María Sureda, Roberto Mariani, ni César Tiempo, ni Salas Subirán, ni Leónidas Barletta pensaban en el vil metal a la hora de anotarse dentro de una corriente literaria o de un proyecto estético. Si es cierto que se discutía apasionadamente, y hasta se

podía llegar a las manos a la hora de defender posiciones artísticas. Pero eso es otra cosa.

Samuel Beckett, el autor de *Esperando a Godot*, pasó hambre en París. Así surge de la imponente biografía de Anthony Cronin. Y cuando en 1969 ganó el premio Nobel, lo primero que hizo con el efectivo del galardón fue ayudar a autores que pasaban penurias económicas. Si el túnel del tiempo nos diera la posibilidad de preguntarle a Beckett o a Kafka si el dinero tenía importancia en sus vidas, lo más probable es que responderían que solo en cuanto les permitiera entregarse con más libertad a la escritura. A esta altura alguien recordará a algún conocido o amigo que no encuentra la forma de escribir y sostener al mismo tiempo al menos dos comidas diarias. Esos casos abundan, sin duda, pero también es claro que en la literatura, como en las vidas tan necesaria como el aire que respiran, encontrarán la manera de hacerlo. Porque nadie

puede con el deseo. Y el deseo de un escritor es escribir.

Dicen que pertenecer a una clase social determinada cambia la mirada y el enfoque de lo que se va a contar. Pero hasta eso es relativo. Borges escribe sus cuentos de guapos sin haber estado cerca de ellos. Los grandes escritores son seres que miran el mundo con una curiosidad enorme y son capaces de hacer literatura a partir de una cuchara. El caso más cercano en nuestras letras es César Aira: escribe sobre todo lo que ve y siente. El disparador puede ser una visita a un supermercado o una reflexión sobre el sexo de los ángeles. En ese sentido Aira es una máquina de narrar que cuando se pone en funcionamiento puede dispararse para cualquier lado. ¿Alguien podría aventurar la relación de su literatura con la clase media a la que pertenece? Es casi imposible, y en todo caso sería apenas una hipótesis de trabajo que no da cuenta de su estilo. Tres grandes escritores de nuestra lengua, como Juan José Moix, Juan Carlos Onetti o Antonio Di Benedetto pasaron problemas económicos, persecuciones políticas, censuras y circunstancias personales adversas. Sin embargo, nunca dejaron de escribir. Escribir en pesar de todo. Porque el único adn de un escritor, valga la redundancia, es la escritura. El caso más dramático es el del uruguayo Mauricio Rozenoff, que en plena dictadura uruguayana estuvo confinado tres años y medio en un pozo. Hay que leer su libro, *Memorias del calabozo*, para darse cuenta que la magnitud de la tragedia no le impidió escribir. Con Moix, quien como más tarde se convirtió en presidente del país, habiéndolo inventado un sistema de pequeños golpes para comunicarse de pozo a pozo. Y cuando no hablaban entre ellos escribían poemas. No es probable que Federico García Lorca haya marchado a la muerte recitando sus poemas. ¿Quién puede imaginar a Federico pensando en el dinero a la hora de encontrarse con sus verdugos? Los creadores piensan en sus obras. Todo lo demás es secundario.